

Melodía de desintegración

Anahí Katerine Caiza

138

Trato de ver por el espejo el cabezal lila que me recuerda mi niñez, mientras siento las púas rígidas sobre mi cabeza. Sujetas con fuerza el mango porque en un abrir de ojos puede caer. Me sostienes con descuido y, de un tirón, mi cabeza choca con tu pecho. La vibración de tus gritos late en mis tímpanos, arde como mis ojos rojos de tanto aguantar, pero ya no tengo seis, y no puedo llorar. Cuando tenía doce, extrañé tus tirones de cabello al trenzar. Tu presencia se desvaneció con el primer contacto. Aún recuerdo: tu mirada era como una sombra que dejaba sin oxígeno y tensaba el ambiente. Creí verla recorrrerte la espina dorsal. Apretaste todos tus músculos. Te escuché repetir: ansío ser feto en la placenta maternal en busca de refugio, pero no podías haber hablado porque el choque contra tu rostro resonó en medio de la playa. Aun estábamos lejos de casa. Te vi irte aquel día. Nunca más volviste entera, solo pedazos de ti que se iban pudriendo. Ahora estás incompleta; la tercera vez que sucumbiste, te quedaste sin cabeza. Él te la escondió. He tratado de buscarla, así como tratas tú, pero sé que has perdido las ganas porque me quieres llevar contigo. Me desvanezco, pero, antes, me aprietas la cabeza, me sacas los ojos, te los comes, me los vuelves a poner. Te veo azul y algunas veces roja. Me chupas los ojos para que siga percibiéndote de la misma manera. Es imposible verte esta vez; mi vista vuelve de golpe, todo es blanco, cegador. Sé que veo, pero mis ojos siguen perdidos en tu estómago, o tal vez los tiraste al mar. El mar está enojado, lo siento; me gotean los

agujeros que me dejaste, y el líquido sabe a sal. Lo vuelvo a sentir. El mar está tan enojado; se metió en mis entrañas. Escupo sal y piedras, que confundo con mis dientes, y me quedan más agujeros. Ahora es mi boca, babosa y húmeda; no se me entiende cuando hablo. Mis dientes se han ido; se han confundido con las piedras del mar, caracoles, conchas y baba. Y mis huecos principales botan un líquido meloso y agrio. Las uñas se me cayeron; se han ido con las piedras que confundí por dientes. Dientes, ojos, uñas: me lo has quitado casi todo, pero mis piernas están. Así que corro en busca de mi cabeza, perdida, enredada en plantas. La vuelvo a buscar y la confundo; huele a monte, y el mar bravo se aleja y el monte abunda. Me corta las piernas, me hunde, y ahora la tierra entra en mí, secando. Me quedo sin respiración; escucho que palpita tan lento que no me deja oír mi propio balbuceo. Mi cabeza está tan lejos que no puedo oírme, pero oigo tu voz, tus lamentos. Te escucho ser cómplice, pero no de mí; eres cómplice de lo que me ha destruido. Mis piernas se siguen hundiendo, y mis oídos no escuchan más mi corazón, pero sé que he gritado por ti, mamá. Hemos regresado a la ciudad; los árboles se han secado, y la peste del río sigue presente cuando estás cerca. En mí resuena un eco de tu esencia. También te sustraje. Innata desde mi nacimiento. La nostalgia de ser hija siempre lleva a añorar el seno de la madre. Ahora que he crecido, solo te quedan las manos. No han cambiado. En la escasez de los abrazos, las siento. Salimos en busca de mangos, pero los árboles ya no dan frutos. Ni tú ni yo podemos con el calor; nos derretimos bajo el cielo en constante cambio. Él quiere devolvarte la cabeza, quiso coserla, pero solo está para ensuciarse las manos con tierra. Cuando sirves la comida a ciegas, trato de alimentarte porque ya sé dónde está tu cabeza. No me dejas hacerlo. Entonces, te grito. Grito tanto, y no escuchas. En momentos así, he buscado la pala y he hecho más profundo el hueco donde él la ha enterrado. Tú dejaste la mía en el mar, y como soy de ti, mezquina e impregnada de acritud, no te daré nada hasta que me devuelvas. Me disipo

eclipsada por la intensidad de tu cercanía. A pesar de todo, no debes preocuparte. Una ternura me rodea ahora que estamos lejos, y siento mis extremidades. Te lavo el cabello, te peino y te vuelvo a dejar intacta. Me desbordo por ti; sin ir al mar, tengo la sal en mí.

140

Anahí Caiza

Guayaquil (2000). Estudiante de Literatura con mención en Pedagogía. Actualmente se desempeña como docente de primaria. Forma parte de los proyectos «De la mar a la selva: narrativas ambientales de niños, niñas y jóvenes» y «Patrimonio Alimentario».